

El problema de Miguel venía de muy lejos, de su niñez remota y aldeana de la que apenas guardaba recuerdos. En caso de haberlos se trataba de imágenes sombrías y desdibujadas, rostros fugaces, palabras huecas y heladas como las mañanas más crudas del invierno y olores tan frágiles que no valía la pena conservar. Sabía que desde muy pequeño silbaba mientras dormía porque su hermano Andrés, con el que compartía habitación y lecho, se lamentaba agriamente y le propinaba patadas y empujones por todo el cuerpo que lo acallaban durante unos instantes. Al parecer, se trataba de un silbido prolongado y en dos tonos, más agudo y desde luego más inquietante el que correspondía a la exhalación. Siempre, afirmaba Andrés, sentía la desasosegante sensación de hallarse dormitando junto a una serpiente. Todos en la aldea sostenían, como un solo hombre, que las serpientes silban antes de atacar.

Tuvo una infancia solitaria junto a un hermano, permanentemente enfurruñado, que añoraba a una madre que ya no existía y a un padre huraño que a duras penas se ocupaba de él. Pasaba las horas sentado en una esquina de la casa, arrinconado, excluido de las faenas del campo por su corta edad; se entretenía con las ramas que arrancaba de los árboles o las piedras que encontraba en el camino. Inexistente para el hermano que regresaba sudoroso y exhausto cada atardecer y casi invisible para el padre que extraviaba su mirada entre las llamas del hogar durante horas, Miguel creció completamente solo. Un padre casi ausente, ancorado el pensamiento en un recuerdo feliz y breve, y un hermano que cobijaba un rencor que crecía en la medida en que su cuerpo se desarrollaba, Miguel no conoció caricias. No recordaba haber refugiado jamás la mano en la de su padre y ni tan siquiera alcanzaba a evocar el tacto fugaz de su piel.

Años más tarde tuvo como amigos a los cuatro muchachos de la aldea con los cuales recorría los montes, lanzaba piedras al río y perseguía a los zorros ladera arriba. No hizo amigos de aquellos que se introducen en la vida de uno para no abandonarla jamás. No intimó con nadie, no supo cómo hacerlo. Miguel no estaba preparado. El desconocimiento le allanó un camino difícil, áspero y en cierta manera trágico. Sus ojos no percibieron jamás señal alguna de cariño y su corazón, en ayuno permanente, no tuvo ocasión de enfermar de querencia.

Creció por inercia vital, como lo hacen las plantas y los pájaros, sin más atención que la necesaria para preservar su vida.